CUENTOS Y FANTASÍAS

Otilia Sanday Delgado



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN
LAS FORMAS DEL FUEGO
INFANTIL



Las formas del fuego

Cuentos y fantasías

Otilia Sanday Delgado

Cuentos y fantasías

Premio del Concurso para Autores Inéditos
Mención Literatura Infantil, 2025

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Cuentos y fantasías
© Otilia Sanday Delgado

Edición y diagramación
Ennio Tucci

Diseño de portada
Mónica Piscitelli

Ilustraciones
Ludwianna Piñero "Luna Gogh".

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C. A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal nº DC2026001547
ISBN 978-980-01-2674-5

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Monte Ávila Editores Latinoamericana, C. A.
Concurso para Autores lnéditos 2025

VEREDICTO

Nosotros, Neida Atencio, Gabriel Saldivia y José Gregorio González Márquez, constituidos como miembros del jurado del **XIX Concurso para Obras de Autores Inéditos** de Monte Ávila Editores Latinoamericana 2025 en el género de Literatura Infantil, nos hemos reunido de manera virtual con el fin de deliberar y decidir sobre la obra ganadora de esta edición. Luego de leer, revisar detalladamente los manuscritos participantes y realizar las deliberaciones correspondientes, hemos acordado de manera unánime que la obra merecedora del premio es: ***Cuentos y fantasías*** firmado con el seudónimo **Rosa Blanco**. Una vez abierta la plica respectiva, el manuscrito resultó ser de la autoría de **Otilia Sanday Delgado**.

Consideramos que la obra presentada equilibra con naturalidad diversos referentes de la infancia. Asimismo, destaca el tratamiento sensible y honesto de los temas abordados, especialmente aquellos de mayor complejidad emocional como el desapego y la memoria, ofreciendo así pasajes muy emotivos para el lector. Es de destacar que los cuentos visibilizan el entorno escolar desde la dignidad, permitiendo al niño acceder a una narrativa sencilla, franca y certera tras un refugio fundamental: la imaginación.

A los 22 días del mes de junio de 2026.

Neida Atencio

Gabriel Saldivia

José Gregorio González Márquez



Cachicamo y Girasol

La noche estaba muy oscura, ni las estrellas se veían en el cielo, un griterío en la montaña y los ladridos de los perros alertaban que había cacería, solo la luz de las linternas cual sables luminosos rompían la penetrante oscurana, los perros corrían tras la presa, aún los cazadores no sabían que perseguían. Pedro y su primo Rafael corrían tras ellos.

—¿Es un venado, Rafael? —ya sin aliento Pedro le preguntaba a su primo:

—No lo sé, no pude verlo, los perros lo levantaron en la lomita, si fuese venado nos llevaría más ventaja, creo que es una lapa.

—Una lapa es muy chiquita, primo —dijo decepcionado de que no fuese un venado.

—Bueno agarrando aunque sea fallo, ya estoy cansado de tanta espera, ya casi amanece, me conformo con la lapa.

En ese momento ya alcanzaban a los perros, los cuales frente a una cueva ladraban ferozmente:

—Te dije, tiene que ser una lapa.

—Lapa será primo.

Uno de los perros metía el hocico en la entrada de lo que claramente era una madriguera, pasados unos segundos se calmaron, lo que hacía deducir que la presa había escapado, agotados los perros retrocedieron.

—Que va, primo, ese bicho se escapó, estas madrigueras tienen muchos túneles. Mejor nos vamos, los perros están cansados, otro día será, yo también estoy muy cansado, casi sale el sol.

Efectivamente tras la montaña, el sol lentamente despertaba a las aletargadas plantas, cuyas hojas bañadas de rocío multiplicaban su luz, llenando de resplandor todo el campo. Dormido en una pequeña zanja se encontraba Cachicamo, hecho una bolita después de la terrible noche que había tenido, al huir de los perros que lo siguieron junto a los cazadores, por suerte pudo entrar en un hueco que tenía una salida, así escapó de tan temidas fieras.

—Hola pequeño, ¿Cómo te sientes?

Cachicamo lentamente se fue desenroscando, abrió sus ojos y con gran sorpresa miró a quien le hablaba.

—Hola, ¿qué me ha pasado? Y tú ¿quién eres?

—Yo soy Girasol, caíste desde la colina, te perseguían los cazadores.

—Ya recuerdo —dijo estremeciéndose—, me duele mucho el cuerpo.

—Tranquilo, estás a salvo aquí, te habías desmayado.

—Te lo agradezco mucho, Girasol, mi nombre es Cachicamo, pero ¿qué es este lugar tan luminoso y fragante?

—Esto es un sembradío de flores, estás en el área de los Girasoles, también hay rosas, violetas, margaritas, tulipanes, y muchas más, por eso la fragancia.

—Que hermoso lugar, generalmente salgo de noche, mi visión no es muy buena en el día, mi madriguera es oscura, ¿sabes? Vivo bajo la tierra construyo túneles muy grandes, allí soy muy feliz, aunque me gustaría venir a visitarte de vez en cuando. Nunca había visto un lugar tan esplendoroso.

—Claro, puedes venir cuando gustes Cachicamo, aquí siempre habrá un lugar para los amigos.

—Te lo agradezco mucho, nos vemos.

Cachicamo se fue a su casa, feliz por el nuevo amigo que acababa de conocer. Cada día bajaba de la montaña a visitarlo, lo hacía muy temprano, cuando apenas empezaba a clarear el día y aún la frescura de la noche no se había disipado, conversaban sobre sus vidas simples y naturales, Cachicamo le contaba sobre los nuevos túneles que estaba construyendo, de las veces que observaba las estrellas y de cómo acompañaban a la luna durante la noche, Girasol le

hablaba de cómo seguía al sol durante el día y de las labores diarias en el sembradío, también le contó lo útil que eran sus semillas y de la forma como los humanos la procesaban.

Cuando el sol empezaba a calentar los amigos se despedían, con la promesa de verse a la mañana siguiente. Pasaron muchos días, cada uno disfrutaba de la compañía del otro y de todas las historias interesantes que se contaban. Ya pasados cuatro meses de su primer encuentro Girasol estaba un poco triste.

—¿Qué sucede amigo mío, te noto silencioso esta mañana?

—Cachicamo, tengo que darte una noticia.

—¿Qué pasa Girasol?

—Antes de decirte lo que sucede, quiero que sepas que eres el mejor amigo que un Girasol ha podido tener, estoy muy feliz por haber compartido contigo estos meses.

—Me asustas, yo también te considero mi mejor amigo, pero estás muy raro.

—Amigo mío aquí en el sembradío pasado un tiempo las flores deben ser cosechadas, la mayoría es llevada a floristerías para ser comercializadas, en el caso de los girasoles ya te había dicho que nuestras semillas son muy apreciadas para elaborar aceites y alimentos, tanto para humanos como para animales.

—¿Entonces me estás diciendo que ya no nos veremos más porque serás cosechado? —había tristeza en la pregunta de Cachicamo.

—Así es, aún faltan unos días, por eso deseo darte un obsequio para que siempre me recuerdes.

—¡Amigo Girasol! Puedo llevarte conmigo a la montaña —desesperado Cachicamo trataba de evitar la inminente ida de su amigo—. Allá estarás a salvo, te protegeré como lo hiciste conmigo.

—No te desesperes Cachicamo, es la ley natural de nuestra vida, no estés triste, te regalo varias de mis semillas para que lleves contigo una parte de mí —diciendo esto se sacudió suavemente y cayeron las negras semillas que Cachicamo recogió con mucho cuidado.

—Está bien, llevaré siempre tus semillas, amigo mío —dicho esto lo abrazó con ternura.

Cachicamo continuó visitando a Girasol, hasta que un día ya no estaba, así que con gran tristeza se alejó a la montaña, guardó con mucho celo las semillas que su amigo le obsequiara, pero como vivía bajo la tierra notó que a estas les estaban naciendo raicillas, consciente de que las pequeñas plantitas no podrían crecer en la oscuridad, tomó la decisión de llevarlas hacia un descampado cerca de su madriguera, donde los rayos del sol iluminaban y

calentaban la tierra. Las cuidó hasta que crecieron y florecieron.

Cada día muy temprano les contaba sobre sus orígenes y sobre el mejor amigo que un Cachicamo pudiera tener.

El niño que se convirtió en pájaro

(Relato basado en una leyenda pemón)

En los tiempos en que los animales hablaban con los humanos, un niño pemón fue a cazar pájaros para comer. En lo alto de un gran árbol había un enorme nido, pero era tan alto y su tronco tan ancho que necesitaría una escalera para subir.

Buscó materiales para elaborar una, troncos y bejucos muy útiles en las labores diarias de los pemones, así subió sin problemas, se alegró mucho al ver los grandes y gordos pichones que estaban en el nido, los metió en su "guayare". Cuando se dispuso a bajar con gran sorpresa notó que la escalera no estaba, emocionado por el hallazgo del nido, no se dio cuenta que una Danta que pasaba bajo el árbol, al verla le gustó tanto que se la llevó a su casa en lo profundo de la selva.

Así que el pequeño quedó atrapado en el nido, lloró y pidió ayuda pero nadie lo escuchó, porque había ido a cazar solo sin decir qué ruta tomaría. Devolvió los pichones y muy triste se escondió,

quietecito, temeroso de lo que pudiera hacerle la mamá pájaro cuando regresara.

Esta regresó con muncha comida para sus hijos, mientras los alimentaba escuchó sollozos bajo las ramas.

—¿Quién llora? —preguntó.

Él muy asustado salió de su escondite, le contó lo sucedido y le pidió perdón por haber ido a cazar a sus hijos.

Contrario a lo que esperaba el pequeño, la mamá pájaro se compadeció y también lo alimentó como a un hijo más, pasado un largo tiempo, el niño ya no recordaban su vida humana.

Sus hermanos pájaros que al nacer tenían la piel desnuda como el pemón, fueron emplumándose, él, sin embargo, continuaba pelado como una apötönüto (rana).

Así que llegado el momento de abandonar el nido todos se entristecieron porque le habían tomado cariño. Entonces la mamá pájaro al ver la tristeza en sus hijos (para ella él también era un hijo); buscó muchas hojas para hacerle unas alas.

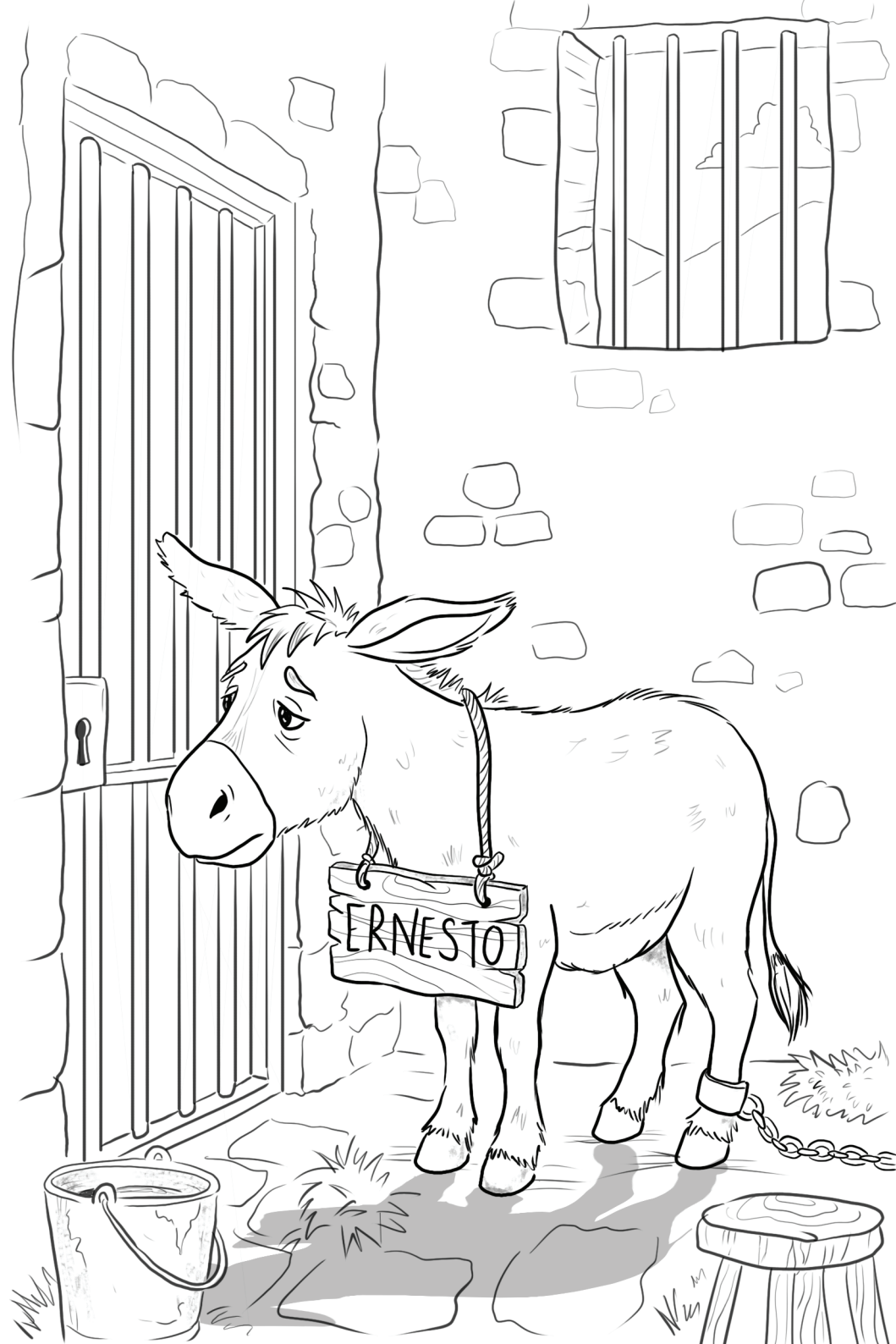
Así como tejía su nido también usó bejucos, poco a poco le hizo unas hermosas alas verdes que amarró a sus brazos. Pero al intentar levantar el vuelo, apenas se elevó unos pocos centímetros.

Sus hermanos ya daban cortas vueltas alrededor del nido, sin embargo, él aleteaba y aleteaba sin éxito, solo hacía un gran revoltijo de hojas y ramas. Además, las hojas se secaban y los bejucos se rompían al perder su elasticidad.

La mamá pájaro desesperada iba y venía con más hojas y bejucos, siempre el mismo resultado, el pequeño pemón no podía volar. La tristeza se apoderó de todos porque la inminente partida estaba cerca, esa era la ley de la vida de los pájaros, al crecer, abandonan el nido.

Las plumas de sus hermanos ya estaban lo suficientemente grandes y fuertes para elevarse y recorrer grandes distancias. Tanta era la desdicha en el nido, que el creador de todos los seres lo percibió, así que conmovido viendo el amor que se profesaban, lo convirtió en pájaro.

Todos saltaban y revoloteaban de regocijo al ver que el pequeño pemón era uno de ellos completamente, por lo que felices volaron muy lejos.


ERNESTO

El burro preso

Joaquín vivía en el campo, donde era muy feliz al observar las maravillas que le ofrecía la naturaleza. Era un hombre muy trabajador, atendía sus conucos donde según la temporada, cosechaba muchos frutos y verduras, cada día muy temprano, se dirigía al potrero, a buscar a su burro Ernesto para empezar la faena, lo bautizó con dicho nombre en memoria de un tío fallecido, que se lo dejó en herencia cuando tan solo era un pollino.

Cuando llegó, no encontró a su fiel compañero:

—¡Ah caracha, este Ernesto! Diosito que no sea lo que estoy pensando.

Ya por el camino venía su vecino Nicasio, quien por la expresión en su rostro no traía buenas noticias.

Joaquín lo saludó un poco inquieto:

—Buen día, mi compai. ¿qué hace por ahí tan temprano?

—No está muy bueno que digamos —decía esto mientras retiraba las semillas de una espiga de gamelote que encontrara en el camino.

—¿Por qué dice eso, compaíto? Este día pinta de maravilla —tratando de disimular.

—No se haga el loco compa Joaquín, hace rato se lo vengo diciendo, ponga reparo a la situación.

Joaquín haciéndose el sorprendido:

—¡No me diga que lo volvió a hacer!

—Sí le digo, allá está comiendo las mazorcas, traté de espantarlo pero sabe que solo le hace caso a usted, no es la primera vez que esto pasa y la situación me tiene cansado.

—¡Ah caray! ese burro que no tiene compón, que pena con usted mi compa, que el Ernesto no deja la maña.

—Bueno vea como lo va a resolver, yo no quiero tener problemas con usted, pero me tiene que pagar lo que se comió el burro.

—Seguro, mi compa, ya lo saco del conuco, discúlpeme esa.

—Dele gracias a Dios que soy un hombre paciente y pacífico, además de su compadre, pero todo tiene un límite.

—Claro compa y se lo agradezco, le aseguro que no volverá a pasar.

Cada tarde al finalizar su trabajo, Joaquín llevaba a Ernesto al potrero, le hablaba advirtiéndole que si escapaba nuevamente lo iba vender, que no le daría más papelón, que tanto le gustaba, y tantas

otras cosas que al parecer el burrito no entendía, ya que solo se limitaba a observar a su amo con sus enormes y brillantes ojos negros, acercaba su cabeza a su dueño para que éste la acariciara, Joaquín inmediatamente olvidaba los regaños y las travesuras de su burro, se iba a descansar pero al siguiente día Ernesto no estaba en el potrero.

Así sucedió por algunas semanas, un día destrozó un corte de caraota, otro desenterró unas yucas, hasta se comió una cosecha de patilla que estaba lista para el mercado, lo que no se comía lo destrozaba con las patas. Nada detenía al mañoso Ernesto, quien de alguna manera se las ingeniaba para escapar del potrero por las noches, cuando todos dormían; cometía sus fechorías.

Nicasio le reclamaba a Joaquín porque no hacía lo suficiente para evitar que su burro escapara y éste se limitaba a disculparse, alegando que sí lo hacía. Un día como de costumbre Joaquín se levantó muy temprano y suspirando resignado, se dirigió a casa de su vecino, éste como siempre, paciente y tolerante lo esperaba.

—Buen día, mi compa, vine a buscar a Ernesto.

—Tiene que ir a buscarlo al pueblo, mi compa.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, que cansado de la situación puse la denuncia en la prefectura, así que vino la policía y se lo llevó.

—¡Caracha mi compa! Entonces… ¿Ernesto está preso?

—Se lo advertí compa, mi paciencia tiene un límite, vaya para allá a buscar su burro.

Joaquín se dirigió a la prefectura, efectivamente allí estaba Ernesto amarrado a un horcón.

—Buenos días señor jefe civil —saludó con timidez.

—Buen día, Joaquín. ¿En qué puedo servirle?

—Es que vine por aquí, a buscar a mi burro Ernesto —titubeaba.

—Lamento decirle que eso no va a poder ser.

—¿Cómo que no, señor jefe civil?

—Le explico, Ernesto está detenido por allanamiento de morada, destrucción de propiedad privada y robo premeditado, estos son cargos muy graves Joaquín.

Atribulado Joaquín aboga por su amigo:

—Pero su señoría, si solo es un burro, él no sabe nada de lo que lo acusan, además yo siempre me he arreglado con mi compadre Nicasio, y le he pagado todo lo que Ernesto se ha comido y dañado.

El jefe civil se mantuvo impasible ante los argumentos del desesperado Joaquín y con firmeza le informó:

—Pues esta vez no será así, Ernesto se queda hasta que yo decida lo contrario, usted debe venir a diario a traerle agua y comida al privado de libertad.

Joaquín estaba sorprendido, no lo podía creer, nunca había escuchado de un burro preso, así que protestó:

—Pero yo no puedo venir todos los días, usted sabe lo lejos que está mi casa, además tengo que atender mis siembras y a los otros animales.

—Usted verá cómo le hace. ¡Ah! no olvide traer implementos de limpieza, para recoger y lavar todo lo que haga y ensucie el detenido. ¿Estamos claros, Joaquín?

—Sí señor, clarísimo —se alejó cabizbajo y arrastrando los pies.

Siguiendo las órdenes del prefecto, Joaquín cada día iba a visitar a su burro, le llevaba comida, agua, su pedacito de papelón; limpiaba lo que ensuciaba, hasta conversaba con él un buen rato. Cuando se retiraba, lo abrazaba prometiéndole que regresaría al día siguiente, a lo que Ernesto respondía con un lastimero rebuzno, que quedaba calado en el corazón de su amo camino a casa.

Pasada una semana, el jefe civil le concedió la libertad a Ernesto, despidiéndose de él con muchas recomendaciones.

—Bueno Ernesto, espero que hayas aprendido la lección, ve tranquilo con tu amo y pórtate bien —le dio unas palmadas en el lomo y estrechó la mano de Joaquín, quien aliviado y feliz agradeció. Los observó alejarse hasta perderlos de vista.

En todo el tiempo que Ernesto estuvo privado de libertad, el jefe civil jamás le llamó la atención a Joaquín por las fechorías de su burro, cada día lo veía ir y venir a visitar a su amigo en desgracia, mientras los observaba solo se limitaba a sonreír.

Sin embargo, desde ese día Ernesto no volvió a delinquir.

El viejo reloj de pared

En la cocina todos los electrodomésticos y utensilios duermen, un tic tac se oye sin cesar, rompiendo el silencio de la noche.

—Pare usted, por favor, una noche aunque sea señor Reloj, que todos estamos desvelados —dijo la escoba, bostezando ruidosa y exageradamente—. Ya no puedo asear normalmente en mis labores diarias, por su culpa amanezco con mucho sueño.

La señora escoba huraña y ruidosa reclama a su vecino, quien desde lo alto la observa sin poder detenerse para remediarlo, los demás habitantes de la cocina empiezan a despertar, unos molestos, otros fastidiados.

Alzan sus voces de descontento, solicitando lo mismo al cansado y pacífico reloj de pared, el cual apenado trata de disculparse sin éxito, ninguno le presta atención, solo reclaman y hablan entre sí.

La licuadora alza la voz para ser escuchada:

—¿Qué escándalo es este? ¿Quién chilla así tan feo? —Haragán desde el rincón contesta:

—Que otra vez le están reclamando a Don Reloj por su tic tac, y la que chilla como siempre es mi prima escoba.

—Pero que fastidio, si ese tic tac no es molesto, además cuando yo digo a dormir es a dormir, que empeño en molestar al pobre viejito.

—Eso mismo digo yo, pero es que esa prima mía, es de armas tomar —baja la voz y le dice al oído—. A veces me da pena decir que somos familia.

—Mira, Haragán, que te estoy escuchando chico, este espacio no es muy grande que digamos, además tú debes apoyarme, familia es familia.

—No mijita, que va, a otro perro con ese hueso, yo al Don le tengo respeto, y no me molesta su tic tac, más bien me relaja.

—Hay que ver chico, si serás traidor, a mí sí me molesta y esto tiene que terminar.

—Qué pena mi señora escoba, pero me es imposible dejar de andar, sería fatal para mí, el tiempo nunca se detiene, además mi dueña nunca olvida darme cuerda, estoy aquí desde que se casó, fui su primer regalo de boda —esto lo dijo con gran orgullo.

—¡Bah! qué tiempo ni qué nada, qué regalo ni que ocho cuartos —replica la moderna cocina eléctrica con desprecio—. Yo por las noches termino

mis actividades y descanso, pero usted señor mío, no nos permite dormir.

—¿No se cansa usted mi amigo? —pregunta el horno microondas, muy serio y solemne.

Don Reloj con timidez:

—Aunque no lo crean mis estimados vecinos, sí que me agota, pero mi labor consiste justamente en no detenerme, así fui diseñado.

—¡Puro bla bla! señor, si usted quisiera descansaría por las noches, así los demás también podríamos dormir, es cuestión de fuerza de voluntad —intervino Doña Nevera, autodenominada psicoanalista y sabia del recinto—. Yo puedo asistirlo, sería cosa de ponernos de acuerdo para unas sesiones de meditación y autocontrol.

La pequeña cafetera mira a la nevera con incredulidad y con la inocencia que solo tienen los niños dulcemente le dice:

—Pero Doña Nevera, usted tampoco duerme.

—Bueno, niña —dijo exasperada—, pero ustedes no me escuchan, porque soy silenciosa, además no perturbo a ningún habitante de la casa.

—Tiene razón la nevera, nunca la oigo, después de preparar la cena, ya estoy lista para descansar, pero ese tic tac me está volviendo loca —replica la cocina bastante alterada.

—Ven como tengo razón, no solo afecta acá en la cocina, también en el resto de la casa, porque les diré que aquí soy amiga de todos, en las habitaciones me han dicho que hasta allá se escucha su tic tac insoportable, por eso debe parar ya, que vergüenza con nuestros vecinos.

—Serás amiga del chisme, primita, recuerda que yo también recorro la casa y nunca he escuchado ninguna queja sobre Don Reloj.

—Y ¿quién te pidió opinión haragán?, además tú no sales todos los días como yo, chismoso eres tú, respeta.

—Ay señora escoba, no se ponga así, es que no entendemos que tanta molestia puede ser Don Reloj, si está aquí antes que nosotros.

—Bueno mijita que vas a entender tú, si lo único que haces es estar en un solo lugar, haciendo juguitos y purés, en cambio yo necesito mucho descanso, el cual consigo en la noche.

Apenado y triste Don Reloj se disculpa, no desea que sus vecinos se enemisten por su causa:

—Por favor estimados vecinos, no discutan, prometo que haré todo lo posible por no perturbarlos.

Cafetera conmovida dulcemente le dice:

—No se ponga triste Don Reloj, yo lo quiero mucho como a un abuelito.

—Gracias mi niña, yo también te quiero mucho y a todos los aprecio.

—Siga mi Don, no se detenga, yo lo apoyo.

—No lo alientes haragán, tú siempre llevándome la contraria.

—Ay prima, por estar pendiente de la vida ajena, mañana otra vez estarás desvelada ja ja ja.

Así cada uno fue vencido por el sueño. Desde esa noche el reloj intentó por varios días detener su péndulo sin éxito, cada mañana su anciana dueña, empujaba una silla y con una llave tan antigua como él le daba cuerda, transcurría el tiempo, la dueña con su paso lento volvía, no dejaba de visitarlo, él seguía intentando parar, porque sus vecinos continuaban con los reclamos.

En su interior lleno de piñones y engranajes la tristeza lo embargaba, sin darse cuenta fue aminorando su vaivén, lentamente, imperceptible como los pasos de su dueña.

Hasta que un día ya no volvió a ver aquellos cabellos canos, ni esos ojos azules, que dulcemente lo miraban cada vez que limpiaba sus manecillas, su hermosa madera pulida y por supuesto su corazón, que no era otra cosa que su péndulo.

Sus vecinos no lo notaron hasta que un gran estruendo los despertó con una ruidosa música rock a las seis de la mañana.

—¡Ay! ¿Qué escándalo es ese? —despertó la cocina sorprendida.

—Oiga jovencito, ¿Quién eres, de dónde saliste? —Preguntó la nevera tan alterada como la cocina.

Este brillante y plateado ser con hermosos números rojos que titilaban estaba emitiendo una música que solo se oía cuando la nieta de la dueña la visitaba. Solo se limitaba a bailar y reír pues le causaba mucha gracia las curiosas miradas de sus nuevos vecinos.

—Disculpe usted, jovencito, podría por favor contestar las preguntas y aclarar nuestras inquietudes, ya deje la bailadera.

—Bueno, mi Don micro, me trajeron anoche, ustedes estaban roncando, se llevaron al señor Reloj, entiendo que estaba muy viejo.

—Que barbaridad niño escandaloso, usted no conoció al señor Don Reloj de pared ¿Cómo que viejo, respete?

—Ay señora escoba usted siempre le reclamaba y más de una vez lo llamó viejo —gimoteaba la pequeña cafetera.

—Bueno, pero eso no era en serio, yo solo lo hacía en beneficio de la comunidad, y pensándolo bien, él solo emitía un leve tic tac, en comparación a esto —señalando al recién llegado.

La nevera apoyando lo que decía la escoba agregó:

—Sí, leve, muy leve, yo lo ayudaba mucho en cuestiones de psicología.

—Sí, como no, usted era una de las que más le reclamaba, hablándole de lo débil que era por no tener fuerza de voluntad —replicó la licuadora.

—Para ayudar hay que ser un poco duro, pero no lo hice con mala intención.

—Señoras, señoras —alzó la voz Microondas—. Ese no es el punto, el asunto es que esa música de usted joven es muy estruendosa, además a esa hora que se despierta no nos permite descansar y…

La escoba desesperada interrumpe el discurso del microondas:

—Razón tiene el amigo microondas, ¿podría usted despertar un poco más tarde con una música más adecuada… suave pues?

—Ahora ¿quién es la vieja?

—Haragán, chico, no opines, respétame, mira que soy mayor que tú.

—En eso no creo que les pueda ayudar señora escoba, porque mi dueña, es quien me programa, además esa música es genial, activa los corazones para empezar el día.

—A mí me gusta —expresó Cafetera observando con admiración al reluciente reloj digital— y tus números rojos son hermosos.

Licuadora y haragán agregaron:

—A nosotros también, nos caes muy bien, bienvenido.

—Pero ¿cómo dicen eso? Que deslealtad con nuestro amigo el reloj de pared —muy molesta les reclamó la cocina.

—Ajá, ahora resulta que todos eran sus amigos, yo recuerdo que el pobre abuelito se ponía muy triste cuando ustedes le reclamaban… la señora escoba siempre gritándole, Doña nevera dando consejos de autoayuda, y usted señora cocina, siempre burlándose de él, porque no era moderno como usted —la pequeña cafetera sollozó.

Se armó un escándalo, cada uno quería opinar, se acusaban unos a otros, todo era un caos, ninguno ponía atención, el reloj digital subió el volumen al máximo para hacerse escuchar.

—Señoras y señores, niños y niñas esto es lo que hay. ¿Qué les parece si nos adaptamos? Por lo que veo al pobre Don algunos no lo apreciaban tanto.

Se hizo silencio, algunos bajaron las cabezas y otros se miraron de reojo.

—Realmente mis consejos eran muy buenos, pero creo que no se los di de la manera adecuada —dijo Doña nevera apenada.

—¡Ay qué tristeza, qué gran pérdida! Todos apesadumbrados exclamaron.

—Bueno, bueno, ya no hay más que hacer, tenemos nuevo vecino y debemos aprender a convivir en comunidad —acotó la licuadora.

—Sí, pero yo lo extraño —Cafetera expresó con voz lastimera.

Así que, a los miembros de esta comunidad, no les quedó más remedio que aceptar a su dinámico y feliz nuevo vecino, quien en algunas ocasiones procuraba colocar una melodía a gusto de todos, mientras su nueva dueña, no estaba en casa.

Aunque la mayoría de los días debían conformarse con la estruendosa música porque a ella le encantaba mucho el rock.



Una historia de gemas

Crecía la algarabía entre los habitantes de aquel recinto. Rubíes, zafiros, esmeraldas, ópalos, perlas, entre otros.

Cada vez que llegaba un cliente a la joyería, en el taller de orfebrería, las gemas apostaban a ver quién sería el siguiente en partir y lo más emocionante, imaginarse quién sería su digno propietario.

Muchas soñaban con adornar una corona real, o una lujosa diadema para alguna princesa o millonaria debutante, quizás colgar de algún lóbulo de una famosa actriz o ir incrustado en un costoso reloj de algún atleta famoso con muchísimo dinero.

O montadas en sendos anillos de oro para compromiso o alianzas matrimoniales.

—¡Qué romántico! —suspiraban las esmeraldas, recostadas sobre su acolchada cama de raso blanco.

—Ustedes siempre pensando en el romance —los rubíes se burlaban.

Desde lo alto de un estante, un majestuoso diamante rosado los observaba desde la caja de cristal donde reposaba delicadamente en un

hermoso cojín de terciopelo negro, que hacía realzar su magnífica belleza. Escuchaba la cháchara entre sus vecinos de sus sueños grandeza, en silencio. Ellos lo consideraban arrogante, porque nunca participaba en sus conversaciones y sus anhelos para el futuro.

—¿Qué opina usted majestad? Quizás hoy podría ir a una coronal real o bien a un anillo para un Emir —le preguntó un reluciente zafiro azul.

—Opino pues, estimados vecinos, que más vale la utilidad que la belleza, sé que somos codiciados por muchos, pero la utilidad para mí es lo primordial y aunque aquí estoy como un gran señor, sepan ustedes que muchos de mis parientes prestan un servicio excepcional a la humanidad.

Sorprendido y curioso el zafiro le preguntó:

—Caramba su realeza y… ¿qué servicio es ese?

—Solo conozco de los diamantes que son usados para adornar las más exquisitas.

—Pues se equivoca usted amigo zafiro, los diamantes somos los minerales más duros que existe en la naturaleza, por tal razón muchos de mis hermanos son utilizados en el área industrial, medicina, electrónica, petrolera y gasífera, en la minera y en muchas otras áreas, nuestra versatilidad nos hace únicos, no solo somos ornamentos.

Asombradas quedaron todas las piedras preciosas por aquella revelación de quien creían era un ser altivo, a partir de ese día, las gemas miraron al diamante con respeto y admiración.

Poco tiempo después el diamante fue engarzado en un hermoso dije para la hija de un jeque en Dubai.



Axel superhéroe

Axel tiene nueve años, un rostro moreno enmarcado por un crespo cabello castaño, ojos marrones con la dulce mirada de la inocencia, es de estatura muy baja, contextura delgada, por debajo del promedio de los niños de su edad; tiene una pierna más corta que la otra, debido a una enfermedad congénita, ama ir a la escuela, estudia el cuarto grado, además es muy inteligente y sueña con ser un superhéroe, desea tener poderes como el hombre araña, para trepar muros y ayudar a sus vecinos.

Pero cuando va a la escuela la realidad es otra, siempre le sucede que cuando la maestra pasa la lista y dice su nombre él responde:

—Presente maestra.

La maestra vuelve a decir su nombre más alto y él otra vez: ¡Presente, maestra!, pero no lo escucha; así que, con mucho esfuerzo, se para sobre el pupitre y grita con todas sus fuerzas:

—¡Presente, maestra!

Con esto, hace que sus compañeros al unísono se desternillen de la risa, la maestra levanta la mirada.

—¡Ay mijo! disculpa, no te oí —lo que provoca aún más la hilaridad y burla de sus compañeros, al punto que le cantan en coro a modo de ronda:

—¡Axel es invisible, Axel es invisible!

Él baja la cabeza triste, la maestra los reprende.

—Bueno, niños, a respetar a su compañero.

Así transcurre el tiempo en la escuela, muchas veces al sonar el timbre para el recreo, se queda en el salón porque todos salen en tropel, con lo que corre el riesgo de caer y lastimarse; además sus compañeros nunca lo invitan a participar en los juegos.

Prefiere quedarse en el salón leyendo sus historietas de superhéroes y cuentos de aventuras, donde estos seres magníficos salvan al mundo, se imagina una identidad secreta aparentando ser débil e indefenso, así cuando se presenta alguna dificultad, se transforma en uno de los grandes amigos del bien que tanto desea ser. Axel se visualiza, súper fuerte, salvando al planeta, siendo amado y vitoreado por toda la humanidad.

Desde el escritorio la maestra lo observa, al verlo tan concentrado y sonriente, con curiosidad le pregunta:

—¿Qué lees Axel? ¿Por qué no sales a jugar con tus compañeros?

Emocionado, Axel contesta:

—Las historias de Superman, maestra, el Hombre de Acero —y luego encogiéndose de hombros agrega—. Bueno, mejor me quedo aquí, los muchachos nunca quieren jugar conmigo.

—Bueno y además de tus libros de superhéroes, ¿Qué otros temas te gustan?

Entusiasmado:

—En casa tengo muchos libros, imagínese que aprendí como reciclar las botellas de refrescos y cajas de cartón, esa también es una forma de salvar al planeta, pero requiere de compromiso y mucho amor, eso dice mi mamá.

—Sabias palabras las de tu mamá, me encanta el tema, es muy útil, además sería interesante hacer una actividad sobre reciclaje combinada con el tema de los súpers acá en la escuela.

—¡Genial maestra!

—Pues bien, voy a organizarla, así podrás decirle a tus compañeros de que se trata.

—¿Yo, maestra? —preguntó incrédulo.

—Claro, Axel, tú.

A partir de ese momento no se detuvo en aprender a reusar las cosas que desechamos, así entre sus historias de superhéroes y el reciclaje, se lanzó a la aventura de salvar al planeta.

La maestra al poco tiempo programó una actividad sobre el aprovechamiento de los

materiales de desecho, cada estudiante debía llevar objetos e ideas para reutilizarlos, después se haría una exposición sobre el tema, lo más divertido del proyecto consistía en formar grupos, los cuales tendrían misiones de salvamento; y ¿a quién o a qué debían salvar?

¡Pues al planeta!

La novedad de dicha actividad y lo que generó gran euforia entre los niños, fue el anuncio del nombramiento de un comandante supremo, quien se encargaría de guiar a los nobles y valientes héroes, en tan importante aventura, cada grupo tendría un líder de misión, lo cual era una gran responsabilidad, el comandante escogería a los líderes y bajo su tutela coordinarían las estrategias a seguir para llevar a buen término la gran misión.

La conmoción que causó la noticia no se hizo esperar, se formó la algarabía, ya que cada niño deseaba ser el comandante supremo, el gran jefe, el maestro.

—Yo seré el comandante maestra, soy el más alto —dijo Pedro.

—Mejor yo maestra, soy más inteligente —intervino Lucía.

—¡A mí maestra, soy el más fuerte! —gritó Alfredo.

—No, a mí, porque soy la más bonita —dijo Susy.

Muchos reían de los argumentos de sus compañeros y les replicaban.

—Ser bonita no es un súper poder —dijo Alfredo burlándose.

Todos los varones aplaudían y silbaban, apoyando a Alfredo.

—Pues mi mami dice que sí —respondió Susy ofendida.

Todas las niñas apoyaban a su compañera con vítores y más aplausos.

Todos querían ser el comandante, no dejaban hablar a los demás, cada niño nombraba la cualidad por la cual a su parecer; merecía el privilegio de tan alto honor.

Entre tanto barullo solo un niño guardaba silencio, Axel se preguntaba: "¿Para qué hablar?" Con tantas cualidades de sus compañeros, si él hasta tenía que gritar su nombre en el momento de pasar la lista; así que se encogió de hombros haciéndose aún más pequeño, con suerte entraría a uno de los equipos.

Otro chico propuso una carrera y el que la ganara sería el comandante.

"Menos que menos", pensó Axel.

La maestra pidió calma, ya había tomado una decisión.

—Ahora mismo les diré el nombre del comandante supremo de la misión: "SALVAR AL PLANETA ES DEBER DE TODOS".

Sólo así guardaron silencio; había tensión en el ambiente, muchos cruzaban los dedos, algunas niñas se tomaban de las manos emocionadas.

Entonces la maestra dijo con mucha pomposidad, como los animadores de los concursos para mantener la emoción en el público.

—Y el comandante supremo, de la misión "SALVAR AL PLANETA ES DEBER DE TODOS" es… —silencio en el salón— ¡AXEL!

—¿Queeé…? —gritaron los niños como una sola voz.

Hasta Axel, muy quedo se hizo la misma pregunta: "¿Qué?"

La maestra lo llamó al frente e inmediatamente se levantó con orgullo, muy derechito, ante la mirada de asombro de sus compañeros; el camino hacia el escritorio se le hizo largo, la vista fija al frente, solo miraba a la maestra, quien con una gran sonrisa lo animaba, ya a su lado era observado con gran curiosidad por sus compañeros, algunos decepcionados, otros sorprendidos por tal decisión, cuchicheaban.

—¿Qué le pasa a la maestra?

—¿Qué superpoder puede tener Axel?

—¿Cómo era posible, Axel el invisible "comandante supremo" de la gran misión?

Axel sentía que su corazón latía como una locomotora, que su pequeño pecho no lo podía contener, aun así, tomó una bocanada de aire para apaciguar la gran emoción.

—Bueno Axel a partir de este momento eres el comandante supremo de esta gran misión —y guiñándole un ojo a manera de complicidad, le animó a explicarle a sus compañeros de que se trataba.

Él muy bajito agradeció y con la seguridad que da el conocimiento, se dirigió a sus compañeros, les habló sobre reciclar, como cada uno podía colaborar e involucrar a las familias, les explicó sobre el cambio climático, de cómo afectaba negativamente a todos los habitantes del planeta, a la fauna, a la flora, los invitó a ser superhéroes llamando a la conciencia, primero desde casa, el salón de clase y la escuela.

El silencio era total, ellos que siempre lo habían ignorado, estaban sorprendidos al escuchar todo lo que decía, que inteligente era, cuanto conocía sobre el cambio climático, sobre la naturaleza y de las muchas formas de ayudar, algunos nunca le habían prestado atención al tema, pero cuando su compañero les habló de ello, se volvió interesante, así se entusiasmaron para emprender la gran misión.

Los niños estaban fascinados, porque pese a sus evidentes impedimentos físicos y contrario a lo que muchos pensaban (que era débil e incapaz de muchas actividades), su compañero fuese tan divertido e inteligente, cuando les dijo que todos podían convertirse en superhéroes de la mano de la imaginación, recorriendo el universo en naves invisibles, llegando a los más lejanos rincones del planeta con la velocidad de un rayo , comunicándose con los animales telepáticamente para conocer de qué manera los afecta la contaminación.

Los invitó a escoger su súper poder, nuevamente se formó el alboroto.

—Seré como Aquamán, para hablar con los tiburones —dijo Andrés.

—Yo seré como la mujer maravilla —dijo Luisa—, que además de hermosa es muy poderosa, pueden acompañarme en mi avión invisible.

—Yo seré como el chapulín colorado —dijo Carlos—, porque soy muy astuto, además debe haber un súper que hable español.

Rieron de la ocurrencia de Carlos, todos querían que Axel les aprobara sus poderes y habilidades, ésta vez la maestra los dejó conversar y reírse, la imaginación reinó en el salón de clases, hacían planes, sugerían ideas, le pedían opinión al

comandante y él por primera vez se sentía apreciado entre sus compañeros.

Después de ese día Axel fue el niño más popular, no solo del salón sino también de su colegio, el proyecto creció y muchos de sus compañeros respetaban su opinión, le mostraban incluso bocetos de sus trajes de súper y proyectos personales.

También de otros grados era requerido para orientar sobre el tema; la misión "SALVAR AL PLANETA ES DEBER DE TODOS", transcendió a otras escuelas e involucró al resto de la comunidad, siendo ejemplo para otras localidades, así se hizo realidad el sueño de un niño que se convirtió en superhéroe.

Quizás fue mi primer amor

Era de muy baja estatura, aparentaba menos edad de la que tenía. El primer día que llegué al colegio pregunté por el salón de quinto grado a tres maestras que estaban en el pasillo, se sorprendieron.

—¿Quinto dijiste? —preguntó una, miró a su compañera y frunció el ceño.

—Parece de tercero —dijo la otra—. ¡Ay sí! A esta niña hay que darle fororo —rieron.

—Al final de este pasillo está el salón —contestó la tercera.

Me incomodaron con sus comentarios, pero pronto lo olvidé al estar frente al salón indicado, mi corazón latía fuertemente por la emoción de la nueva escuela y de conocer nuevos compañeros.

Al entrar al salón, tímidamente me acerqué al escritorio, la maestra me sonrió, sentí alivio y así como sucede en las películas, me presentó ante la clase.

—Jóvenes, ella es su nueva compañera, trátenla con respeto, puedes sentarte.

Derechita sin mirar para los lados me senté en uno de los pupitres casi al final de una fila. No los veía, pero sentía sus miradas sobre mí, los cuchicheos y las risas muy bajitas.

—Silencio jóvenes, vamos a comenzar la clase.

Todos callaron, se notaba que sentían gran respeto por la maestra, me gustó mucho la clase, poco a poco me fui integrando al nuevo grupo.

Resulta que era la primera en la fila al formarnos, por razones obvias. Los recuerdos de aquel año escolar son vagos, sin embargo, claramente viene a mi memoria un personaje que marcó aquellos días.

Era un larguirucho chico de rubios y alborotados cabellos, grandes ojos verdes y por supuesto la risa más contagiosa que había escuchado a mis escasos nueve años.

En la fila de los varones era el último, atrás siempre se escuchaban risas, había empujones y desorden, la maestra con calma les llamaba la atención y el primer nombre que decía:

—Felipe Ferrer, orden, por favor —todos reíamos porque Felipe era muy gracioso, siempre que la maestra salía del salón, se levantaba y frente a todos hacía cualquier tontería, contaba un chiste, o simplemente cantaba, era tan extrovertido, cosa que todos celebrábamos.

Yo reía mucho, él me encantaba, claro que nunca le dirigía la palabra, solo miraba y me divertía con sus ocurrencias. No sé si era amor ese sentimiento, ¿Qué puede saber de amores una tímida niña de nueve años? De lo que sí estoy segura, que entre mis compañeros, para mí Felipe era el más genial.

Estando en el recreo a Felipe se le ocurrió hacer algo muy atrevido, lo rodeamos para ver la hazaña, reímos y celebramos la audacia de Felipe, sonó el timbre y muy contentos entramos al salón.

No habían transcurrido ni diez minutos cuando Felipe comenzó a retorcerse en el pupitre.

—¡Ay me duele! —reímos, creyendo que se trataba de otro de sus chistes—. ¡Me duele maestra!

La maestra se le acercó, evidentemente estaba adolorido, se apretaba el abdomen y se quejaba. Callamos, porque sospechábamos cual era el origen de su dolor.

—¿Quieres ir al baño, Felipe?

—No maestra me duele mucho.

—Quizás sea un cólico, ¿qué comiste en el receso? —Felipe no contestó, cuchicheos en el salón.

—¡Silencio por favor! —una voz se alzó entre los compañeros—. Maestra, Felipe, tomó desinfectante.

—¿Qué? Por Dios, muchacho loco, ¿qué has hecho?

La maestra salió corriendo del salón, regresó con el Director quien sacó a Felipe en brazos. No vimos a Felipe por unos quince días, mi corazón estaba triste, porque él, era el alma del salón y la mía.

Ya dado de alta regresó más flaco, con grandes ojeras, aun así, su buen humor seguía intacto, nos contó la odisea del lavado de estómago y todo lo que le hicieron en el hospital, aunque a la mayoría de las niñas nos parecía asqueroso, yo reía porque él había vuelto.

Terminado el año escolar me cambiaron de escuela una vez más. Siempre me quedó el dulce recuerdo de aquel flaco travieso que nunca supo lo que inspiraba en mí.

Quizás fue mi primer amor.

Manchita tiene miedo a mugir

Manchita tiene hermosos ojos color caramelo, su pelaje es blanco con muchas manchas negras y está rellena del más suave y antialérgico algodón.

Se preguntarán "¿Por qué Manchita tiene relleno de algodón?", bueno porque resulta que ella es una linda vaquita de peluche, que vive muy feliz en la habitación de una pequeña niña de nombre Verónica.

Cuando Verónica cumplió cinco años su hermana mayor le regaló a Manchita, desde entonces se hicieron amigas inseparables, al verla con tantas manchas no dudó ni un segundo en bautizarla como ya sabemos.

Bueno, la historia no se trata del nombre de Manchita sino del miedo que tiene a mugir, para entender vayamos a inicio.

A la pequeña Verónica le encantaban las películas de princesas y documentales de animales en la naturaleza, se imaginaba como una princesa exploradora que recorría el mundo conociendo a los animales del planeta y salvándolos si corrían algún

peligro, como todos comprenderán, su compañera de aventuras, no era otra que la tierna Manchita.

Viajaron a África, donde vieron muchos rinocerontes, jirafas, leones, suricatas, en Australia saltaron con los canguros, abrazaron koalas y jugaron con los emus.

En Madagascar, se deleitaron con las hermosas aves del paraíso y bailaron con los Lémures.

Manchita era muy feliz entre risas y viajes imaginarios por todo el mundo.

Un día vieron una película sobre juguetes que hablaban entre sí cuando sus dueños no los miraban, y uno de los personajes se quedaba solo, porque su dueño ya había crecido.

Al dormir Manchita ocupaba un lugar en la almohada, cada noche se acurrucaba a velar los sueños de su princesa aventurera, pero aquella película le había causado tal impresión que observando a su Verónica comprendió que ya no era tan pequeña, tenía diez años.

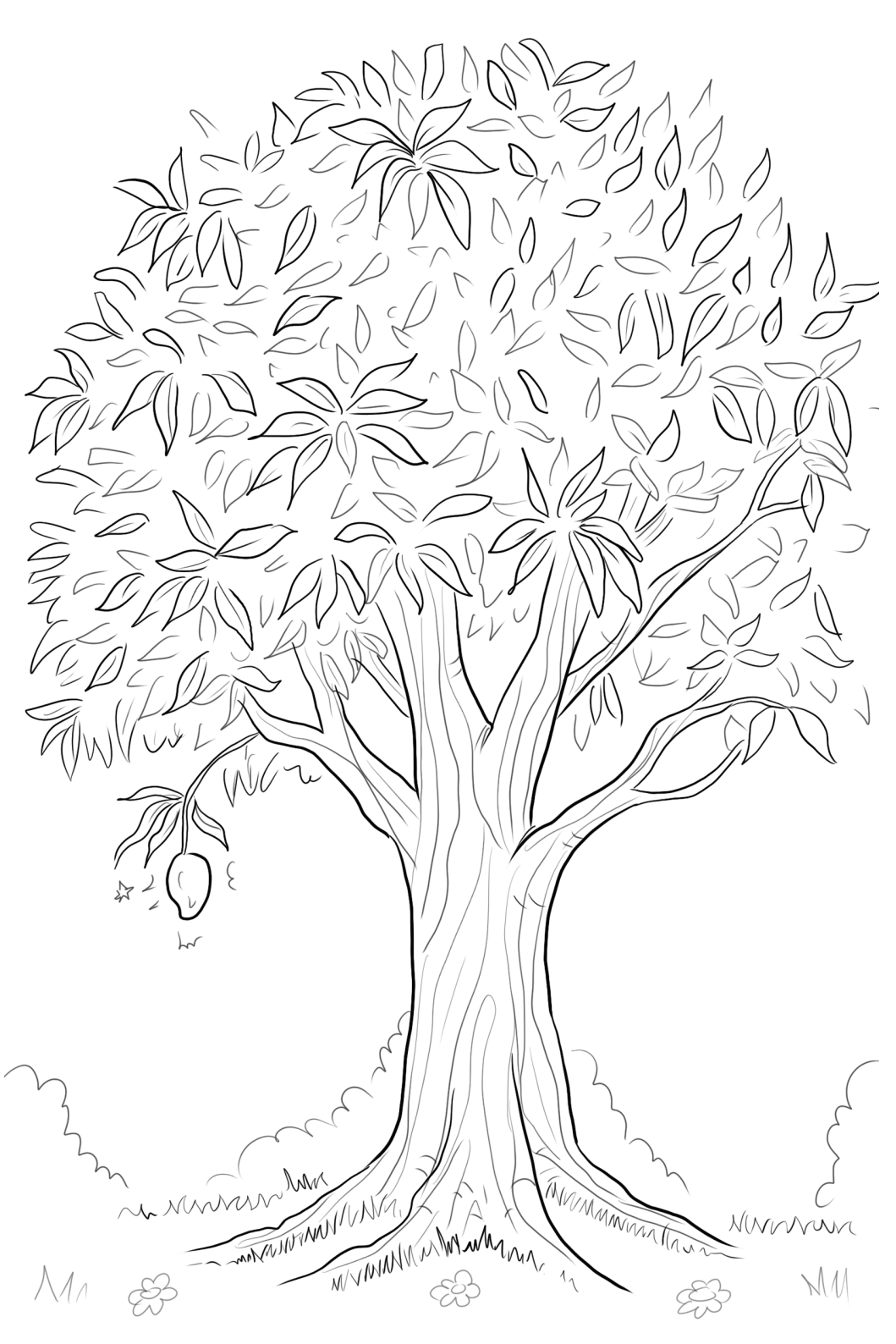
Desde entonces Manchita se negó a mugir.

Se escondía bajo la cama y al fondo del cajón de juguetes, si se mantenía en silencio de seguro Verónica la dejaría tranquila y no se aburriría de ella.

Así pasó mucho tiempo escondiéndose en silencio y sin darse cuenta su niña había cumplido quince años.

La mamá de Verónica la encontró al fondo del cajón de juguetes, un día que hacía limpieza, la lavó y nuevamente la pequeña vaquita volvió a resplandecer, al llegar su niña a casa la mamá le preguntó qué haría con Manchita, esta simplemente contestó: "Nada mamá, deja a mi Manchita en la cama, es mi amiga".

Manchita sintió un gran alivio, mas nunca tuvo miedo y aunque ya no vive aventuras en viajes imaginarios, siempre ocupa su lugar al lado de la almohada, velando los sueños de su querida niña ya no tan niña.



El último manguito

A mediados de agosto con un calor abrumador, la fuerte brisa mece las ramas del frondoso árbol de mango, su follaje; como olas, parece danzar en un vaivén armonioso y delicado.

Es un árbol poderoso con más de cuarenta años, testigo silencioso de muchas alegrías y tristezas, de aciertos y desaciertos de los seres humanos, es extraño pensar que los árboles no se dan cuenta de nada pero la realidad, es que sí.

Cada persona que se acerca a su tronco trae una historia diferente, unos, paran a descansar y refrescarse bajo su sombra, otros, van a llorar y a contarle sus tristezas, algunos se le acercan en silencio, sencillamente lo abrazan.

Pero la gran mayoría, en época de frutos van a buscar mangos, ricos y jugosos, verdes, pintones o maduros, da igual, los mangos son las frutas más codiciadas por adultos y niños.

Cuando empieza la floración se escuchan los comentarios; "que rico ya vienen los mangos", "para la jalea el mango verde", "maduro para mermelada",

"a mí me gusta con sal", "yo prefiero el mango de hilacha" …así cada quien habla sobre sus gustos, mientras las flores van dando paso a los tan preciados frutos, las pequeñas bolitas verdes que poco a poco crecen para formar el más delicioso manjar que la naturaleza nos ha regalado.

Los primeros mangos son asediados, por los niños que los tumban sin dejarlos crecer lo suficiente para ser comestibles, entonces caen al suelo los "jojotos", lo que indica que ni siquiera sirven para jalea pues su tamaño es pequeño y por supuesto que su pulpa no es suficiente además de estar extremadamente ácida.

Los tumban sin estar "jechos"; como dicen los abuelos, los niños armados con palos y piedras lanzan contra los indefensos árboles todo su arsenal, los cuales soportan las arremetidas infantiles sin inmutarse, claro son árboles.

Algunos atrevidos los trepan ignorando el riesgo de caer de las ramas que en muchas ocasiones sencillamente, se rompen; muchos niños y no tan niños tienen sus historias de caídas y las consabidas consecuencias.

Pero regresando al inicio de nuestra historia, ya agosto está a mitad de camino, el calor es insoportable, el gran árbol está en lo alto de una

colina y pendiendo de una de sus ramas se balancea, el último manguito.

No es de gran tamaño como sus hermanos que lo precedieron, es un manguito mediano que se ha quedado solo con su padre árbol, ya muchos cayeron y rodaron cuesta abajo, algunos verdes y maduros fueron recolectados para la venta, había sido una buena cosecha, muchos fueron alimentos para las aves, iguanas, rabipelados y muchísimos insectos, es la ley de la naturaleza cada uno cumple su función para la que fue creado.

Pero el manguito está triste no se siente útil, su padre lo percibe y le pregunta:

—¿Qué te sucede hijo?

—Amado padre árbol. ¿Qué será de mí? Estoy solo ya mis hermanos partieron cada uno ha cumplido su misión, pero yo.

Su padre entendiendo su tristeza lo consuela con dulzura:

—Pequeño no estés triste, fíjate en las abejas que revolotean sobre las flores, sorben su néctar, con el que hacen la más deliciosa miel. Mira a las aves que tienen sus nidos en mis ramas, yo les doy cobijo y ellas me deleitan con las más hermosas melodías, bajo mi copa he visto pasar a muchas personas y animales estoy aquí para alimentar y también para sanar, muchos usan mis hojas como medicina.

—Tú también tienes una misión.

—¿Cuándo será esa misión padre?, las personas ya no vienen a buscar mangos para comer, las aves ni me miran, además no quiero alejarme de ti; tengo miedo.

Su padre comprendiendo su inquietud, lo calma:

—Nada sucede sin una razón, quizás seas el último de esta cosecha pero grandes cosas suceden hasta a los seres más pequeños.

Esa noche el último manguito dormía plácidamente, cuando de repente se sintió cayendo desde lo alto, asustado pidió ayuda a su padre quien lo despidió amorosamente.

—No temas pequeño, déjate llevar te espera tu destino, solo sé feliz.

Todo estaba oscuro la caída fue muy fuerte pero el follaje al pie de su padre amortiguó el golpe y rodó cuesta abajo, tenía mucho miedo porque desconocía que le esperaba, empezó a llover muy fuerte y sintió sobre su piel la humedad.

Por un momento se detuvo, pero la lluvia no cesaba, nuevamente el movimiento, esta vez flotaba, la corriente de agua lo arrastraba, recordó las palabras de su padre:

—No tengas miedo, déjate llevar —el manguito cerró sus ojos y se relajó.

Así calmado esperó que cesara la lluvia se dejó llevar por el agua que ya se tornaba serena, se detuvo, aún era de noche así que no podía ver en qué lugar se encontraba, agotado se quedó dormido.

Al amanecer, estaba semienterrado, despertó al escuchar sonidos conocidos y agradables, cantos de aves, voces de niños, sorprendido observó que estaba en un gran parque. ¡Qué alegría!

Allí permaneció tranquilo le encantaba el lugar, a los quince días sintió que algo brotaba de su cuerpo, se asustó un poco, luego comprendió que estaba germinando, sus raíces empezaron a brotar con gran vitalidad, se dirigían hacia abajo buscando agua, al poco tiempo emergió un tierno tallo.

Ahora comprendía su misión, él también sería un árbol como su padre.

Al pasar los años seguía creciendo, fuerte y frondoso, anidaban muchas aves en sus ramas, cobijaba a muchas iguanas y rabipelados, muchos humanos se le acercaban para guarecerse del sol o de la lluvia, otros sencillamente, lo abrazaban.

Al cumplir cuatro años sintió algo nuevo, de sus ramas empezaron a brotar florecillas, ahora sí, era el momento de dar frutos, recordó a su padre árbol, tan solo fue feliz.

Su primera cosecha fue muy grande, muchísimos mangos, jugosos y dulces, él que tiempo atrás había

sido un manguito temeroso hoy era muy feliz al haber cumplido su misión.

A mediados de agosto observó que, en una de sus ramas, temblaba un manguito, era el último, lo miró con ternura y le dijo:

—No temas pequeño, déjate llevar, te espera tu destino, solo se feliz.

Las muñequitas de palo de Lucero Ruiz

Lucero Ruiz tiene ocho años, es blanca, pecosa, ojos muy grandes y expresivos, largas pestañas, cabello castaño claro y ondulado, es alta y aparenta diez años de edad.

Vivaz y muy aventurera, su imaginación la lleva a mundos maravillosos, vive en el campo con sus abuelos, a quienes llama mamá y papá.

Se levanta muy temprano para empezar las labores propias del campo, buscar agua al jagüey, ayudar a desgranar el maíz para que luego la abuela lo pile y lo cocine con el que hacen las tan ricas arepas y el carato.

También va a buscar los huevos al gallinero, ayuda a su abuela a servir el desayuno del abuelo, que se va muy temprano al conuco.

Aun así, Lucero es una niña feliz, cuando sus primas van de visita, ella les muestra como desgranar el maíz, las lleva al río para que conozcan el jagüey y aprendan a pescar cangrejos y corronchos bajos las piedras.

También comen muchas frutas, mangos, naranjas, aguacates, mandarinas; sus preferidas son las cerecitas silvestres.

Cuando termina sus labores, Lucero les muestra sus muñecas de palo, vestidas con retazos que la abuela le elabora, así juegan hasta el atardecer bajo un cerezo, imaginando mundos de fantasías.

En el fondo de su infantil corazón, ella tiene un gran anhelo, terminar sus estudios en la escuelita rural, para ir a una gran escuela en el pueblo y luego ir a la universidad para ser una gran profesional en agronomía, así apoyar a los abuelos y vecinos en sus proyectos agrarios.

Por las noches se despide de sus muñecas de palo, y las acuesta a dormir.

Mañana será otro día para volver a soñar.

Nave espacial en el bosque

Un terrible estruendo hizo huir a todos los animales, corrían despavoridos de un lado a otro, chocaban entre sí, sin entender claramente qué sucedía.

Una gran nube de polvo y humo impedía ver aquello que había causado tal caos; árboles rotos y mucho susto, al disiparse observaron sobre una colina la cosa que los había perturbado tanto, un formidable y gigante cilindro plateado, magullado, pero impresionante y amenazante.

Los animales se acercaron con sigilo, muy temerosos, asombrados observaron aquel gigantesco armatoste que había caído del cielo; era una cápsula espacial. Claro que ellos nunca habían visto una, por lo que ignoraban de qué se trataba.

¿Qué puede saber de cohetes y satélites artificiales una ardilla, que solo trepa árboles hábilmente, que vive recolectando nueces para alimentarse?

¿O un venado?, que vive pastando y corriendo entre el follaje. Ni que decir de los conejos, topos, cachicamos y lapas, los cuales, bajo tierra en sus madrigueras bien escondidos habitan tranquilos.

Hasta los peces del arroyo se asomaron para ver que era aquello tan brillante y ruidoso.

Súbitamente se abrió la puerta, lentamente emergió un ser que avanzó unos pocos metros, cayendo inmediatamente al suelo; desmayado, desde aquel entonces no hubo paz en el bosque.

Estaba totalmente cubierto de blanco, como forrado, sin pelaje, con una enorme y deforme cabezota oscura, definitivamente no era de este mundo.

El extraño ser, permaneció en el suelo un buen tiempo, los animales tratando de identificarlo, se turnaban para olisquearlo con mucho cuidado, el olor era muy extraño, nunca lo habían percibido antes.

En el turno de la pequeña ardilla, con audacia se acercó bastante a la gran cabeza, cosa que los demás habían evitado, la mayoría solo se acercaba a las patas, si es que eran eso.

Como el ser parecía dormir, ella se atrevió a subir hasta donde debían estar los ojos y boca, con su fría nariz rozó aquella cosa negra y lisa, de repente, la pantalla se deslizó, dejando al descubierto dos inmensos ojos de un astronauta muy asustado.

La ardillita casi muere del susto también, igual corrió con todas sus fuerzas a trepar al árbol más alto, no sin antes gritarle a sus vecinos:

—¡Cooorran!

Como por arte de magia, los animales desaparecieron, el hombre se sentó con dificultad, tomando ruidosamente una gran bocanada de aire, mientras era observado con curiosidad, sin darse cuenta.

El extraordinario y fallido aterrizaje de la cápsula espacial en un bosque, en lugar del océano había activado todas las alarmas, un mínimo error de cálculo y ¡zuás!, sobre los árboles fue a parar.

La perturbación de la apacible vida silvestre no duró mucho tiempo, los entes gubernamentales actuaron con rapidez, rescataron al astronauta, recuperaron la cápsula.

Un gran operativo logístico como solo los humanos saben realizar, para componer sus acostumbrados descompuestos.

Luego de tan insólita situación para los animales, los humanos, así como llegaron se retiraron, dejando al bosque y a sus habitantes con el recuerdo de haber vivido tan inverosímil experiencia.

Cada cierto tiempo se reúnen a orillas del arroyo a narrar a los jóvenes animalitos la espectacular aventura.



Sapito despedido del trabajo

Un día como era su costumbre, Sapito se dirigía a su trabajo de "atrapamoscas oficial" al parquecito de la urbanización, donde residía.

Era un empleo muy importante, él y muchos de sus colegas realizaban esta noble labor, para mantener la salud de los seres humanos, y estos a su vez les retribuían el favor, cuidando su hábitat para que muchos sapitos pudiesen vivir y reproducirse en alcantarillas y jardines sin que fuesen molestados, era una relación ganar-ganar.

Se hacía tarde, no llegaría a tiempo para relevar a su compañero que había trabajado toda la noche atrapando a los tan molestos y perjudiciales zancudos, para llegar más rápido, Sapito decidió salir por uno de los huecos de una tapa de alcantarilla, pero con tan mala suerte que quedó atascado.

Ya casi eran las seis de la mañana, la cabeza y sus dos patas delanteras sobresalían hacia la superficie, el resto del cuerpo pendía peligrosamente por dentro de la alcantarilla.

Había intentado moverse enérgicamente para liberarse, pero mientras más trataba de zafarse, más se atascaba, pidió ayuda, nadie lo escuchó, ya que esa no era la ruta habitual de los sapos, resignado esperó su triste final.

Cuando saliera el sol, este lo quemaría hasta perecer, o peor aún, ser devorado por un gato o pisado por alguien que no se fijara en su tan lamentable situación.

Sapito cerró sus ojos, pensaba en su mamá sapita y su papá sapito, que se pondrían muy tristes al no verlo regresar a casa.

Se despidió de su vida aceptando su destino, de pronto escuchó una voz que decía:

—¡Pobrecito, está atascado!

Casualmente una vecina que salía muy temprano a pasear a su perro, observó al pequeño desafortunado y decidió ayudarlo.

Sapito no lo podía creer, una humana lo iba ayudar, casi siempre había escuchado historias de que a muchos humanos les desagradaban los sapos, por eso se sorprendió tanto cuando la señora volvió con una bolsa y trapos, también le pidió ayuda a otro vecino para que levantara la tapa.

Intentaron un buen rato liberarlo, el sol se había levantado, el asfalto y la tapa de metal empezaban a calentarse, él se puso tan nervioso que empezó a

segregar un líquido lechoso llamado bufotoxina, el cual es su defensa contra perros y gatos.

La señora usó la bolsa como guante tomándolo con el trapo para que no se deslizara, y entendiendo que es un mecanismo de defensa de los sapos, le habló con dulzura, lo que hizo que se relajara y se dejara ayudar.

Gracias a esta acción de los humanos Sapito fue liberado, y corrió, o mejor dicho saltó lo más rápido que pudo para llegar a tiempo a su trabajo. Pero lamentablemente llegó muy tarde y su jefe lo despidió.

Sapito intentó explicar lo que le había sucedido, de cómo unos amables humanos lo salvaron, su jefe jamás le creyó y sus compañeros se burlaron.

—¡Bah ¡Sapito no mientas, nunca he visto a un humano hacer eso!

Así que Sapito ahora va a diario al jardín de la amable señora que lo ayudó en su momento más crítico, lo mantiene limpio de alimañas, esto lo hace con todo cariño, así devuelve el favor recibido.

Es una relación ganar-ganar.



Los tres amigos

Pedrito tenía un oso de peluche, Pablo un tren y Jorge un perrito que los hacía correr, los tres amigos eran inseparables siempre jugaban en el parque y se divertían mucho.

Una tarde bajo un gran árbol reposaban y escucharon una voz que los llamaba, asustados porque no había ninguna persona cerca los niños iban a correr.

—Seguro alguien se esconde.

La voz nuevamente:

—Pedrito, Pablo, Jorge, ¿Qué hacen bajo mis ramas?

Asustados comprendieron quien les hablaba, la rara voz provenía del árbol.

—No se asusten amiguitos solo quiero conversar.

Después del gran susto los niños con la inocencia que los caracteriza, escucharon con atención a gran árbol.

Les pidió que nunca cambiaran y los protegieran a él y sus amigos, que estaba triste por ver lo que

le sucede a la humanidad, pero sobre todo de como tratan a los recursos naturales.

Les pidió protección para el planeta, así que los tres amigos oyeron los consejos del gran árbol, al crecer cada uno trabajó en pro de la protección de nuestra tierra.

Canto de paz

Camila cantaba a diario y componía canciones, le cantaba a su mamá, a todo lo que se le ocurriera, a los pájaros, al sol, al río, a todo lo hermoso de la vida.

Un día escribió un poema a las galletas con chispas de chocolate, toda una delicia, también le puso y sí, hizo una canción, casi un himno.

Su mamá reía con las ocurrencias de la pequeña, con tan solo siete años su niña tenía un gran futuro musical, había que cultivarlo.

—Que bellas canciones Camila, ¿te gustaría estudiar música? Así puedes aprender a componer muchísimas canciones y aprenderás a tocar algún instrumento musical.

—Sí, mami, quiero aprender a tocar la guitarra.

—Bien, hoy iremos a comprar la guitarra y pasaremos por la escuela de música para inscribirte.

—Sí, mami, gracias, gracias.

Camila estaba muy emocionada, que felicidad tan grande aprender música para cantar hermosas canciones.

Poco a poco entre notas y acordes musicales, Camila aprendió a tocar la guitarra.

Una noche un poco tarde, aún no se había dormido, y escuchó a su madre llorando en la cocina, preocupada salió de su habitación, pero no se atrevió a acercarse, escuchó a su padre consolarla.

—Esto no puede ser, son tan pequeños, no es justo que estas cosas sucedan, mi corazón se desgarra.

—Tranquila mi amor, te advertí que no vieras las redes sociales, te llenas de angustia y tristeza.

—Es imposible, no lo podemos ignorar, está sucediendo, es una cruda guerra que solo ha destruido vidas, y los niños, incluso más pequeños que nuestra Camila.

No entendía Camila a qué se refería su mamá, vidas destruidas, niños más pequeños que ella, una guerra.

Su infantil corazón sintió miedo y tristeza, nunca había escuchado a sus padres hablar de guerras, al menos no delante de ella, ni de personas muriendo, ni de países que peleaban por territorios.

Escondida escuchó cosas que nunca había imaginado, porque en su vida todo era felicidad. Sin hacer ruido regresó a su habitación, pero estaba agitada.

Al siguiente día se levantó muy temprano y empezó a escribir y con los acordes qué había aprendido hasta ese momento, hizo una canción:

CANTO A LA PAZ...

Les canto a los hombres
que hacen la guerra
les canto a los grandes
que no quieren razonar
les llevo mi canto
a todos los rincones
le dejo mi canto
un canto de paz
les canto a los niños
que están sin sus padres
les canto a los padres
que ya no tienen niños
no puedo abrazarlos
como yo quisiera
vaya para ustedes
mi canto de paz.

Su madre lloró mucho al oír la canción, Camila nunca le contó que la inspiró. Siempre que podía la cantaba en la escuela, reuniones familiares, y otros eventos.

Cada vez que la interpretaba una lágrima rodaba.

Índice

Cachicamo y Girasol	9
El niño que se convirtió en pájaro	15
El burro preso	19
El viejo reloj de pared	25
Una historia de gemas	35
Axel superhéroe	39
Quizás fue mi primer amor	49
Manchita tiene miedo a mugir	53
El último manguito	57
Las muñequitas de palo de Lucero Ruiz	63
Nave espacial en el bosque	65
Sapito despedido del trabajo	69
Los tres amigos	73
Canto de paz	75

Cuentos y fantasías
se imprimió en el mes de octubre de 2026
en Editorial Arte
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
son 300 ejemplares



INFANTIL

¿Qué puede saber de cohetes y satélites artificiales una ardilla?, que solo trepa árboles hábilmente, que vive recolectando nueces para alimentarse.

CUENTOS Y FANTASÍAS

Un burro demasiado travieso, un sapito despedido de su trabajo como atrapamoscas, una vaquita de peluche que teme crecer y un niño que aprende a volar entre leyendas y anhelos. Historias que abrazan la dignidad del entorno escolar y transforman los pequeños retos del mundo en grandes aventuras a través de la imaginación. *Cuentos y fantasías* reúne un conjunto de relatos entrañables donde la fantasía se funde con los colores del campo y la escuela venezolana. Un libro divertido y profundo que invita a mirar el mundo con asombro y a explorar los caminos de la imaginación.

Otilia Sanday Delgado (Caracas, 1966)

Se ha desempeñado como poeta, actriz, dramaturga y compositora. Es miembro de la Asociación de Escritores del estado Miranda e integrante del grupo de cuentacuentos La Casa de las Palabras, con el cual ha participado en el pabellón infantil de la Feria del Libro de Caracas y la Filven. Obtuvo diversos galardones en concursos, como una mención especial en el Concurso de Cuentos Antonio Machado por el relato «Cuento corto de un amor muerto» (1996) y el segundo lugar del Concurso Literario Guido Acuña, con el cuento infantil «Un huequito en la pared» (2021), entre otros.

9 789800 126745

MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

[2022 - 2030]